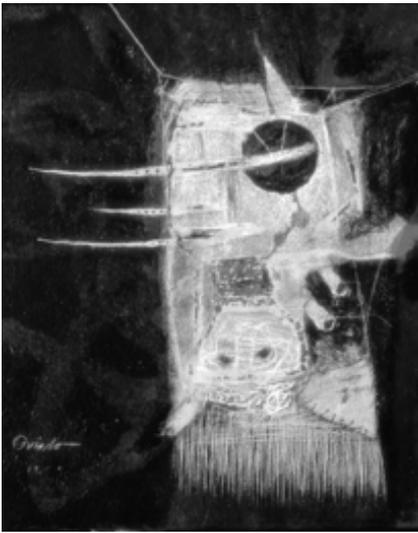




OVIEDO,
UN PINTOR
ANTE LA
HISTORIA

LA PINTURA DE RAMÓN OVIEDO



OVIEDO. *Forma de percusión.*
(Fragmento).

DESPUÉS DE LA desaparición tan lamentada de Darío Suro, pionero del arte contemporáneo dominicano y el más connotado de nuestros pintores ausentes, se estima que Ramón Oviedo es el que, entre los consagrados, mantiene siempre encendida la llama de la autorrenovación y experimentación permanente. Del mismo modo que se atribuía al maestro Suro una juventud perenne en su manera de ver y hacer el arte, al maestro Oviedo se le confiere el privilegio de una evolución incontenible, con la diferencia de que él siempre ha vivido en Santo Domingo y que ese dinamismo creador brota de sus fantasías y cuestionamientos íntimos.

Dice Efraím Castillo, amigo y analista acucioso del artista: "Y Ramón Oviedo, consciente o subconscientemente, sabe que el camino del mañana está ahí: en la búsqueda (...) del hombre conformante de la totalidad, de la única materia respetada por la historia. De ahí entonces, que ese nuevo camino encontrado habrá de aportar a la plástica dominicana, no el discurso-a-seguir, sino un neo/esquema de partida". La pintura de Oviedo es constante propuesta y recomienzo.

Inicios no convencionales

Ramón Oviedo comenzó tarde y temprano. Manifestó un talento precoz, y sus primeros garabatos de niños eran ya bocetos de una soltura excepcional. Adolescente, lograba pintar retratos, especie de historia visual de familiares, desprovistos de personalidad, entre realismo llano y arte popular, pero sorprendentes de habilidad para sus años. Asimismo sus mapas, diseñados desde la oficina de

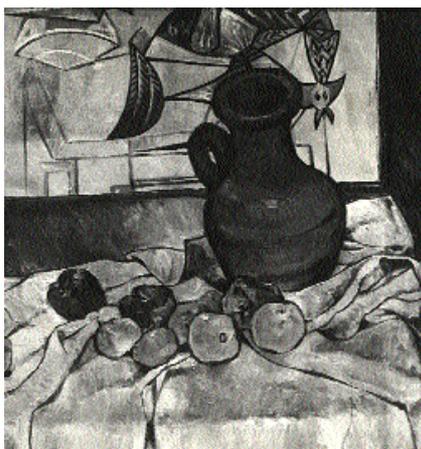
técnico cartógrafo, revelaban un trazo preciso y fluyente.

Pero justamente el hecho de que la vida le obligó a trabajar cuando otros estaban estudiando, y que él no pudo tomar clases en la Escuela Nacional de Bellas Artes, retardó su aparición pública y propició las características particulares de su obra, desde los inicios profesionales y la primera exposición.

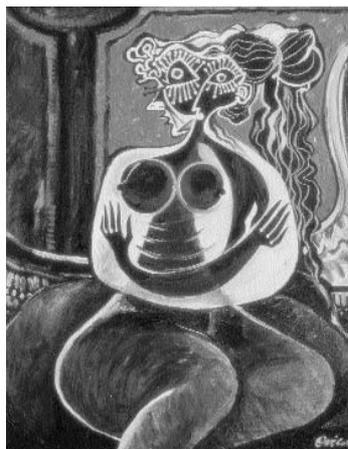
Mientras las demás figuras magistrales, de generación similar, se nutrían de los conocimientos fundamentales, teóricos y prácticos, impartidos en la academia estatal por profesores sobresalientes, dominicanos y extranjeros asimilados al ambiente local, Ramón Oviedo se formó solo, entre sus dones innatos, sus pulsiones interiores y una curiosidad apasionada por ver, escuchar y consultar; a la vez que iba ejercitando la mano.

Lo percibió el intelectual y crítico de arte Manuel Valdeperes cuando expresó que "Oviedo demuestra en su obra que las asimilaciones suyas -las influencias -son sólo las propias de la absorción integradora, con una evidente presencia de lo personal".

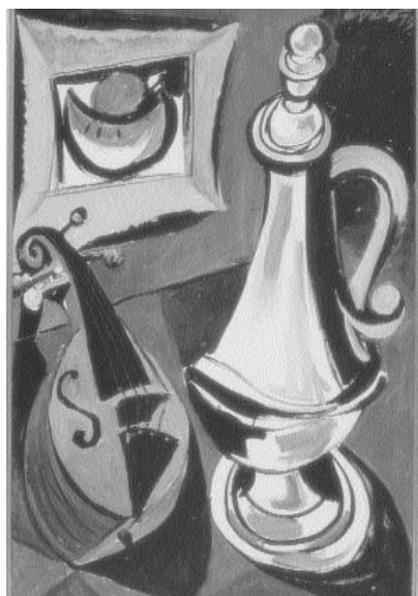
Sus obras tempranas se colocan más allá de las enseñanzas locales y de la huella -cuando no la influencia directa- de los maestros. La mira se adentra en las vivencias, los sufrimientos, las realidades de su pueblo. A falta de un aprendizaje metódico, sus modelos se ensanchan hacia la universalidad, sus mentores se llaman Velázquez, Cézanne y sobre todo Picasso. Por tanto un encasillamiento en el tiempo y el espacio de la isla, de la historia del arte local, no basta para comprender y apreciar sus primeras obras.



OVIEDO. *Bodegón. (Fragmento).*



OVIEDO. *Mujer suspendida.*



OVIEDO. *Bodegón.*

El demostró una precoz madurez, saltando prácticamente de la ignorancia total a soluciones gráficas y pictóricas sorprendentes, heredadas de los movimientos gestores de la modernidad occidental. Aparte del realismo - que él dominó gracias a su virtuosidad de dibujante -, encontramos las huellas del fauvismo y del expresionismo, ese último acorde con la temática política y social que Oviedo trataba en sus obras. Además, los años 60 y las luchas para el retorno a la democracia fueron un período histórico incomparable, fuente de arte comprometido.

Nunca insistiremos bastante acerca de su virtuosidad espontánea del dibujo -una auténtica escritura- que le abrió todas las puertas estilísticas, corroborando la afirmación de Ingres, según el cual para ser un gran pintor había que ser un gran dibujante. Luego, en el compromiso temático que envolvía la época, Ramón Oviedo utilizaba -como lo preconizó Pablo Picasso- el arte como un instrumento de guerra, ofensiva y defensiva, en contra del enemigo.

En síntesis, su lenguaje, desde antes de "hacer historia" en el arte dominicano, se ha enmarcado en la historia social de su país y en la condición humana. Si bien es cierto que sabía transmitir la encantadora armonía de rostros femeninos por una sensibilidad singular ante la belleza de la mujer, más y mejor se empecinó en golpear nuestros sentidos, nuestras consciencias, nuestra tranquili-

dad interior al fin, a través de lo perturbador y grotesco.

Los estragos de la miseria, las carencias, la injusticia también surcaban otros rostros femeninos, los de sus hijos, los de sus hombres. Así los "encaraba" Ramón Oviedo con un raro potencial de vivencia y denuncia. Pintura y dibujo lanzaban gritos de dolor o de vindicta desde las entrañas sombrías de los "techos de cartón" y sus moradores.

Sus ecos sordos o estridentes -diferentes en cada obra- repercutían en contempladores atónitos, teniendo hasta los más pequeños dibujos una fuerza expresiva enorme. "Me has dado lodo, lo convertí en oro" escribía el poeta Baudelaire. Oviedo, que entonces contaba treinta y cinco años, gestó, en lo visual, metamorfosis similares... y ya obras maestras, como el trío de "La Fila" con sus recipientes vacíos en espera de comida, o aquel de "La Protesta" familiar; alzando el puño y blandiendo una pancarta. Tres personajes en cada una de las pinturas alcanzan la dimensión colectiva de un pueblo.

Epopéyas y clamores

Ramón Oviedo es un pintor épico. Plasmó, en signos legibles individualmente o en el conjunto de un cuadro, episodios patrióticos pasados y presentes -poco importa la época, el mensaje queda igual- en diferentes formatos, a menudo vastos sino murales. Los calificamos los "Guernicas dominicanos". Nadie más

entre nuestros pintores ha alcanzado la magnitud ideológica y formal de Oviedo en ese renglón.

No es solamente por una filiación picassiana que el propio Ramón reconoce, expresando reiteradamente su admiración por el genio catalán, sino por esa capacidad similar de elevar un clamor pictórico, de trazar alegorías, de traducir la violencia del agresor y la resistencia del pueblo y las víctimas. Picasso metaforizaba los bombardeos alemanes y su crueldad, el pintor dominicano se alza en contra del interventor extranjero, enfrentando la boca de los cañones -"24 de abril 1965" - o el antiguo colonizador español, rindiendo homenaje a la valentía y al martirio de Caonabo. Ahora bien, hasta en áreas meramente barriales, de una madre desamparada o de tugurios - un paisajismo con connotaciones sociales -, se manifestaba la misma fuerza telúrica, la misma filosofía militante, reconocida públicamente en 1965 por el premio Revolución de Abril.

Como los grandes románticos, cuyas obras eran tan intensas, versando sobre la historia y la condición humana como en la introspección transferida a la creación, Ramón Oviedo, en la década del 70, cristalizó en sus telas una ansiedad profunda. Aprovechó entonces esa crisis para cuestionar los orígenes y el itinerario existencial del ser, sin límites cronológicos. La obra, "Uno que va, uno que viene, uno que va, uno que viene", en el 1974, inicia esa visión ontológica, que universaliza, exorciza, transmuta los problemas y los demonios personales. El autorretrato se convierte en la efigie de todos los hombres... desde la prehistoria.

En el tratamiento pictórico, Oviedo experimentó con rabia... Escultor del pigmento y de una superficie sometida -hoy él exagera el juego de transparencias, casi atacando la tela con la navaja-, amontonaba entonces la pasta, la arrollaba, la rasgaba, la frotaba, la surcaba con líneas, la marcaba con su "sello", el obsesivo autorretrato, de frente, de perfil, al desnudo o cubierto, a cualquier distancia, en cualquier tamaño. Luego, no ha vacilado en pintar un cuadro encima de otro, parcial o totalmente, como si él "borrase" un momento de creación o fundiese dos dimensiones históricas. Las radiografías de no pocas obras proporcionarían al respecto informaciones va-

lios. Solamente, le faltaría desgarrar el lienzo... y no dudamos de que lo haya hecho en la intimidad del taller.

Una paleta enardecida inventó el "rojo Oviedo", ensordecido o fulgurante, chispeante de bermellón y anaranjado, grito cromático a veces alucinante. Pero si la calma sucedió a esa tempestad tumultuosa, y el color se aquietó, el período siguiente dió paso a un azul también singular e intenso, propicio para las investigaciones sobre la atmósfera y el espacio....

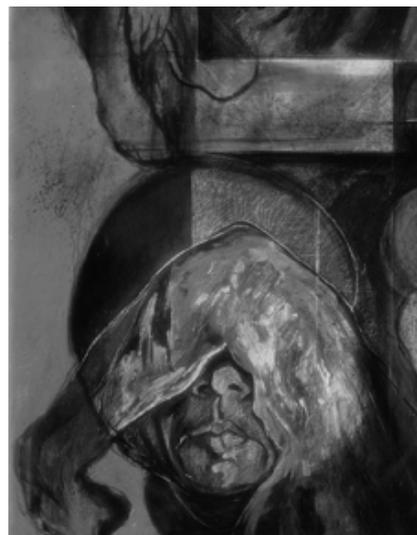
En rojo como en azul, acompañados por el espectro cromático en su totalidad, preocupaciones cósmicas se vislumbraban, hombres extraños encajonados en tablas, asteróides primitivos donde de vez en cuando seguía apareciendo el rostro del pintor. El humor sabía volver la obra más accesible y fantasiosa, mientras la introspección se evadía hacia las lejanías siderales y las perspectivas futuras. El gran creador es un vidente: Ramón Oviedo entra en esa categoría, que ha existido siempre.

Entre presente y porvenir

Al igual que Tamayo - por cierto admirador declarado de la obra de Oviedo -, capaz de pintar un cosmonauta con tanta chispa creadora como un ancestro azteca, él ha estado inmerso siempre en su época. La ciencia y la tecnología le fascinan, en primer lugar porque son conquistas del hombre, y luego que, para un adepto de la contemporaneidad en el arte, el dinamismo del descubrimiento, la experimentación y el progreso le motivan especialmente.

Su exposición del 1986, "Oviedo. Urgente, 300,000 kms/seg", llevó la historiografía hacia el porvenir. Obviamente, él había madurado el concepto y sus interrogantes, pues Ramón Oviedo siempre se cuestiona. Su expresión pictórica culminó en una visión del apocalipsis, provocado por el propio hombre, ébrio de velocidad, de fórmulas matemáticas, de un universo que cree a su alcance. Más aún, un tríptico, retornando al rojo ardiente de la década anterior, nos advertía acerca de la autodestrucción, provocada por los excesos de una tecnología acelerada.

La factura multiplicaba voluntariamente los "accidentes" para transmitir en el lienzo, físicamente, ese descontrol



OVIEDO. *Persistencia. (Fragmento).*



OVIEDO. *El maestro en plena faena creativa en un lienzo para "Oviedo. Urgente, 300,000 kms/seg."*

fatal... "ese ser humano en contacto con su propia desintegración", según las palabras de Efraím Castillo en un bellissimo ensayo.

Ramón Oviedo presentó su segunda y máxima retrospectiva, en el Museo de Arte Moderno, en 1988. Fue mucho más que una antología... él quiso, en ocasión de sus 25 años de oficio profesional, hacer una especie de inventario de su obra, exhibiendo más de 700 trabajos. A quienes le objetaban ese procedimiento, por excesivo, él lo justificaba, argumentando la integridad, la conveniencia de someter públicamente la totalidad de su producción, incluso sus puntos débiles... Con el retroceso del tiempo, creemos que no estaba equivocado en el principio.

El concepto de obra menor no cabe entre los mentores del arte. Y las deficiencias se inscriben en el historial de toda obra magistral: pausa o paréntesis, preceden arranques creativos geniales. Ramón Oviedo lo tenía muy claro y lo probó.

Con buen juicio, el entonces Director de la Galería de Arte Moderno, Porfirio Herrera, calificó esa retrospectiva como "todo un acontecimiento cultural". Ramón Oviedo, el virtuoso, narraba más de un cuarto de siglo de su creación artística, y a la vez siglos de historia nacional, hemisférica y universal, sin olvidar las referencias a la historia del arte, secular y moderno. Pablo Picasso encabezaba el grupo de otros elegidos, Velázquez, Cézanne, Gauguin, Francis Bacon y Rufino Tamayo.

El "maestro" -uno de los muy pocos artistas dominicanos al cual otorgaban ese título de manera espontánea, y que lo acogía con igual naturalidad- había alcanzado ese dominio, que, en el arte de la danza, califican de "assoluto". Siendo finalmente el más muralista de nuestros artistas, en concepción, temas y realizaciones en el país como en el exterior - un aspecto de la obra que demanda un estudio particular-, autor de formatos impresionantes, revela al mismo tiempo igual genialidad en diminutos dibujos a tinta, cuando no en bocetos a bolígrafo que compulsivamente él traza en todo momento, y en cualquier soporte, papel de envolver o funda.

Ningún estilo le detiene, ningún "ismo" le desafía, ninguna moda le interesa.

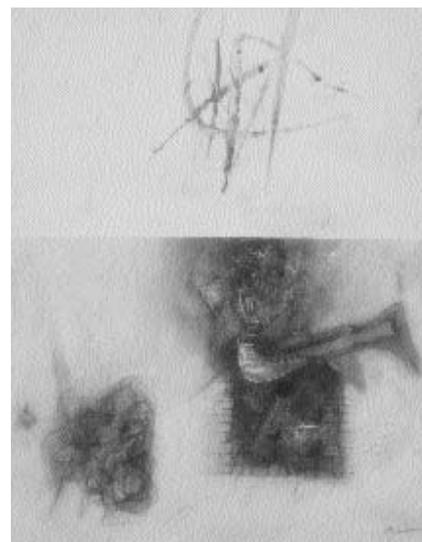
Su identificación incuestionable con el expresionismo no le impide fantasear con el surrealismo fantástico o recordar los rigores del realismo, como el estudio para el retrato de Máximo Gómez y José Martí. En la historia del arte moderno, solamente la abstracción nunca lo ha tentado, y él mismo se lo dijo a Darío Suro en los años 60. ¿Si el hombre se presta para una temática infinita, para qué recurrir a visiones no identificables? Excepcionalmente, aparecerá un signo... desprendido totalmente de lo observable, en la mitad izquierda de un cuadro. Su título es evocador: "Seña extra-humana".

Será probablemente porque un pintor para la historia, motivado por ella, no puede ni quiere sustraerse a una interpretación o una reinención de la memoria, personal o colectiva. Sus signos exhalan igual energía y comunicación plástica, independientemente de los temas, mediante las palpitations de la línea, el gesto y el cromatismo, como en la no-figuración más poderosa. Luego, hay una razón consciente: Ramón Oviedo quiere que su pintura llegue a la comprensión y la fruición de quienes la miran, ignorantes y neófitos, iniciados y expertos.

Ramón Oviedo hoy

En su último período, Ramón Oviedo se ha ido radicalizando, un proceso bastante excepcional en los artistas de tan larga trayectoria. El ha ido depurando el legado de la naturaleza y postergando la representación del objeto. Contemplando ese nuevo compromiso, recordamos un postulado de Mark Rothko: "El curso de la obra de un pintor, a medida que avanza en el tiempo punto por punto, debe ser hacia la claridad, hacia la eliminación de todos los obstáculos entre el pintor y la idea, entre la idea y el espectador."

Sin atentar a su increíble dominio formal y la importancia del detalle -a manera de un acento agudo o grave-, ha ido esquematizando las figuras, casi funcionalmente, para que las identifiquemos con un concepto, una sensación, una referencia intelectual. Su mundo iconográfico totaliza los espacios y los tiempos, que surgen al compás de la inspiración, desde la memoria de ancestros precolombinos, cuyos "espíritus" siempre le persiguen,



OVIEDO. *Seña extrahumana.*
(Fragmento).



OVIEDO. *Persistencia evolutiva de la forma en la materia. (Fragmento).*

hasta los impulsos del erotismo o las tribulaciones de una cesárea.

Uno de los tantos aspectos positivamente sorprendentes en la obra de Ramón Oviedo es que un hombre que, durante años, ha manejado primordialmente el trazo y la línea, se haya convertido en un investigador incansable de la materia, de las texturas, de las capas de pigmento, en un creador de tonos en cualquier gama de color. Aunque, durante años, le han identificado, demasiado según el propio Oviedo, con el rojo y el azul.

Esa casi obsesión continúa hoy, en la última serie formal que el propio pintor denominó "Persistencia evolutiva de la forma en la materia" -pero que también hubiera podido llamarse "Persistencia de la materia en la evolución de la forma"-. El reduce con la hoja metálica, hasta lo intangible, los espesores de la pintura, retando su virtuosidad.

En ocasión de los 70 años de Ramón Oviedo, escribimos: "Si nos acercamos, si sucumbimos a la tentación de tocar, la tentación nos sobrecoge. La superficie es maravillosamente lisa, aterciopelada, "desmaterializada", las difuminaciones y

las capas de pigmento son de una levedad increíble. Nos preguntamos si esos mundos, virtuales e intangibles, quieren atrapar al contemplador en profundidades ignotas, en un viaje al centro de la tierra pictórica... Reina un ambiente físico y metafísico." Un año después, el maestro refinó aún más ese reto del oficio, verdadera "puesta a prueba" del acrílico y su capacidad de resistencia...

La crítica de arte Laura Gil había enfatizado que Ramón Oviedo "se define, a sus setenta años, como un rebelde, dispuesto siempre a la denuncia de las injusticias sociales, y al encasillamiento, como artista, en un tema o un estilo." Esa rebeldía y autorrenovación incontenible, el "maestro ilustre de la pintura dominicana", título ya oficial e histórico - el primero y único- conferido por el Pueblo Dominicano a través de sus representantes en el Parlamento, la lleva entrañablemente, dentro de sí. Lo que permite calificarle, sin alardes ni exageración, como artista ante la historia, decidido a abordar el Tercer Milenio con investigaciones todavía en ciernes.

LOS MURALES DE RAMÓN OVIEDO

EN EL SIGLO XX, el Muralismo mexicano ha tenido una incidencia enorme, dentro y fuera de México, llegando a considerarse una lección de historia, a través de la pintura, orientada ideológicamente hacia el socialismo y propuesta directamente al pueblo - perdiendo la palabra toda connotación demagógica-. En un manifiesto, denominado "Declaración social, política y estética", David Alfaro Siqueiros expresó, entre otros conceptos: "Repudiamos la llamada pintura de caballete y todo el arte de los círculos ultraintelectuales, porque es aristocrático, y glorificamos la expresión del Arte Monumental, porque es una propiedad pública." El acentuaba esa definición, calificando la propuesta como "arte para todos, de educación y de batalla".

Obviamente, se perseguía alcanzar, en los murales de México, una lectura y un involucramiento colectivos, mediante un vehículo de propaganda revolucionaria y referencias a las tradiciones populares. El objetivo ideológico era esencial... hasta convertirse, sino en estereotipo, en sistema ineludible. Los murales dominicanos, realizados en Santo Domingo por el artista nacional o inmigrante, o en el exterior por un pintor dominicano, ponían de manifiesto un empeño de comunicación -política, social, religiosa, cultural-, pero, aún los que exaltaban las "virtudes" de Trujillo, mostraban un mayor sosiego, más cercanos a la estampa y la exaltación del pueblo que al panfleto encomiástico. Su neo-clasicismo dominante favorecía esa expresión de consciencia fuerte y tranquila... El maestro español José Vela Zanetti, que acaba de fallecer en su

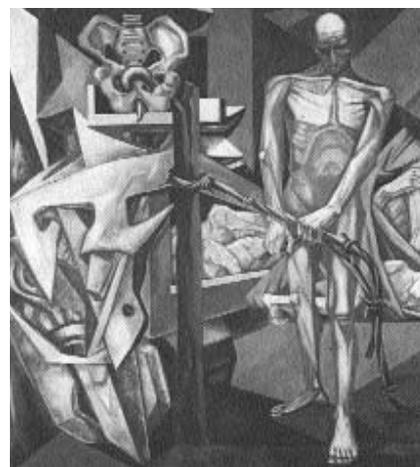
lar natal, ha dejado en Santo Domingo los mayores testimonios al respecto.

Ramón Oviedo, sin llegar a la vehemencia mexicana, intensificó los acentos del muralismo local y, en cada uno de esos lienzos de tamaño descomunal, expresó las transformaciones del mundo, con un enfoque dialéctico. El acompaña a la humanidad, traducida en metáforas y alegorías, a través de los tiempos, dejando un mensaje positivo, social y esperanzador. Marcha incontenible del hombre hacia su destino y el futuro, inquietud filosófica plasmada en cuadros de caballete antes de que el pintor abordara el muralismo.

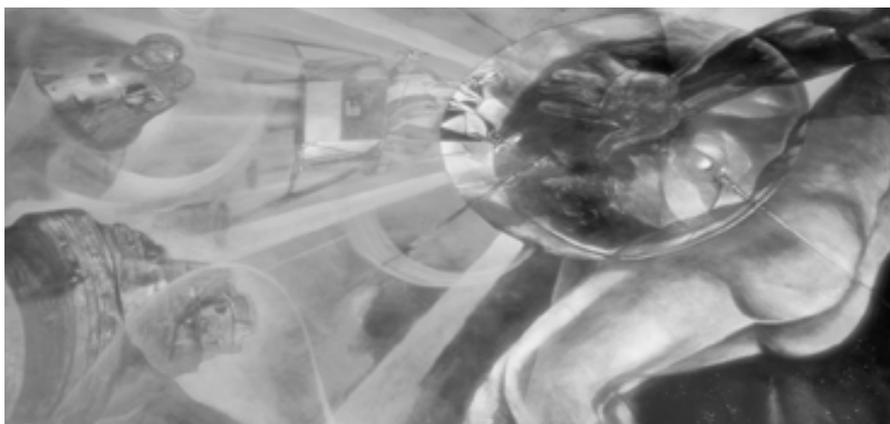
Sabemos que a diferencia de José Vela Zanetti y Jaime Colson, Ramón Oviedo no pintó sus murales al fresco. Después de estudios múltiples y minuciosos, él trabajaba los temas en acrílica sobre tela, a veces en varios paneles, que luego se aplicaban o se colgaban en una pared interior del edificio. Constituye una excepción el mural de la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD), pintado sobre el muro en el exterior; y que ha sufrido de esa exposición a la intemperie .

Murales en el extranjero

No hay otro pintor dominicano, que haya pintado lienzos murales permanentes para organismos internacionales y en metrópolis del arte. "Mamamérica", en 1982, colocado en el nuevo edificio de la Organización de Estados Americanos en Washington, fue el primero y una obra imponente. Encargo conseguido gracias al aprecio y la amistad de José Gómez Sicre, conserva hoy su significación de en-



VELA ZANETTI. *Los campos de concentración. (Fragmento). Sede de las Naciones Unidas, Nueva York, EEUU.*



OVIEDO. *Mural en el Museo de Historia Natural, Santo Domingo. (Fragmento).*

grandecimiento del continente americano. Tal vez el mensaje se ha intensificado al compás de la importancia panamericana en el ámbito mundial.

El entonces Embajador Dominicano en la OEA, Eladio Knipping Victoria, que por cierto había estudiado pintura hasta un nivel profesional, perfiló en su discurso de presentación, la personalidad de Oviedo: "Un pintor consustanciado con las angustias y las preocupaciones del Hombre Americano. El hombre americano, destinatario final de todos nuestros desvelos, es la preocupación dominante y el leit-motiv de este mural, un mural en que (...) domina el color azul, color de la paz y de la solidaridad entre los pueblos." El mencionaba luego "una señal renacentista" del sentir por la condición humana, dentro del expresionismo del artista.

Ciertamente el vigor del dibujo, el placer de las dificultades anatómicas, de los cuerpos y miembros imbricados, nos devuelve a los maestros renacentistas. En cuanto a la conceptualización, esa calidad, intensa en Oviedo que no cesa de "elucubrar" y reflexionar, fusiona la formulación estética, la composición y el color; con los temas de la fuerza, la unidad y la alegoría de la victoria final.

Nueve años después, sería en París el mural para la UNESCO, "Cultura petrificada", pintado, como el de la OEA, sobre lienzo, adosado y colocado en la pared de la Dirección General de la organización. La pintura está hecha en sentido horizontal, eslabonando figuras que marchan en cadena incontenible, hacia la vic-

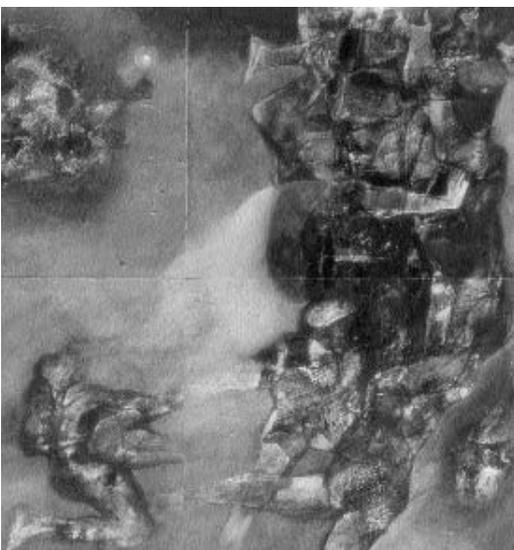
toria final. Extraordinariamente ritmado, más esquemático y desplegando los cuerpos en el espacio, las figuras reivindican las etapas del exterminio y la esclavitud con la liberación, la independencia y la esperanza. La obra supo sintetizar en cinco metros cuadrados, un proceso que demandó siglos de luchas, involucró cambios raciales y mestizajes, forjó una cultura mixta. La atmósfera, rojiardiente, de vitalidad "óptica", contrapuntea la red de personajes en movimiento y contribuye al dinamismo pluridireccional del conjunto.

Es indudable que Ramón Oviedo pensaba en la fecha histórica muy próxima del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, Encuentro de dos Mundos, homenaje a las huellas del indio y la pujanza del negro, a la vocación integradora del Caribe.

Murales en Santo Domingo

En el Museo de Historia Natural, cuyo desarrollo no ha recibido la atención que prometían contenido, arquitectura, diseño e instalación interior a cargo de Asdrúbal Domínguez, artista e ingeniero, Ramón Oviedo ha pintado su primer mural dominicano. Fue un testimonio de la curiosidad insaciable del autor; que siguió planteando la situación del hombre pero a través de sus conquistas científicas.

Pintado sobre madera y un armazón ondulante de curva sinusoidal, el mural, que mide unos 55 metros cuadrados, causa impacto desde su tamaño. El espacio, que se le reservó, no permite a la mirada del contemplador (tampoco al ojo



OVIEDO. *Mural en la Organización de Estados Americanos, Washington. (Fragmento).*



OVIEDO. *Mural en el Banco Central de la República Dominicana. (Fragmento).*

de la cámara...) abrazarlo en su totalidad. No deja de presentar un inconveniente, ya que una perspectiva de conjunto debe ser la primera aproximación visual, antes de que se ordene y se fragmente la lectura. Ese mismo enfoque, lo necesita el artista, solamente un artista de la talla de Oviedo, dotado de una visión interior totalizante, pudo asumir el reto de pintar la inmensa superficie, por sección, y lograr las proporciones -objetivas y subjetivas- de cada elemento.

Desde la primera visita, nos constó que pirámides, antiguas metrópolis, calendario azteca, ideogramas, radar, brújula, telescopio, aeronave, cohete, satélite, planetas, y otros componentes de una evolución milenaria, analizan y sintetizan el avance de los conocimientos humanos, el dominio paulatino del cosmos, el enriquecimiento de las civilizaciones al compás del tiempo. La historia toma el rostro de la ciencia, y sus genios están retratados, en forma difuminada, mentores gigantes... que rayos de luz desvelan desde sus moradas eternas. La marcha se acelera, Oviedo el vidente lo siente, lo dice, lo enfatizará, nueve años más tarde, en su exposición "Oviedo. Urgente. 300,000 kms/segundo". La era tecnológica, cada vez menos controlable, perturba al pintor, desgarrado entre un asombro admirativo y un temor apocalíptico. El mural del Museo ya expresaba esa actitud ante la dimensión desconocida.

Bernardo Vega, entonces Gobernador del Banco Central, cuando inauguró el mural realizado por Oviedo en la primera institución bancaria de la República,

expresó: "Va haciéndose ya tradicional en América, dotar con murales de alta calidad pictórica las sedes de las instituciones estatales como una manera de exaltar los valores artísticos nativos, ofreciéndoles un sitio digno y asegurándoles una exhibición pública permanente."

Ramón Oviedo pintó, en 1983, un lienzo gigantesco, que consta de cuatro paneles, perfectamente ensamblados y adosados a la pared del gran salón ejecutivo de la Gobernación. Ciertamente se trata de un mural "de alta calidad pictórica", que recíprocamente ofrece al artista las mejores condiciones de conservación y presentación. Además, dió a su autor la oportunidad de tratar el tema que más le motiva: una visión de la humanidad a través del tiempo y el espacio. Cromáticamente, empieza por un rojo dramático de sufrimientos, que, a la mitad de la obra, se aclara y va modificando la gama cálida hacia el azul de la esperanza. Un esquema plástico e ideológico representativo de la dialéctica oviediana, pero que consideramos el climax de su lenguaje, en el mural de historia. El título, "Evolución", no podía ser más breve y claro. "La pintura, mediante las superposiciones, pluraliza un mismo espacio, integra varios tiempos".

En un primer período, el mural estratifica las figuras como capas geológicas, fundiendo hombre y tierra. Luego desarrolla los avatares de la esclavitud, la conquista y la colonización. Exalta el avance hacia la independencia y la libertad. Optimista y premonitorio, vislumbra finalmente un futuro radiante, simbolizado por un niño luz y la paloma de la paz.



OVIEDO. *Mural en el Banco Hipotecario Dominicano, Santo Domingo. (Fragmento).*



OVIEDO, pintando el mural de la UASD. A su lado, la crítica de arte Amparo León.



OVIEDO. Mural en la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Monumentos y personajes de estirpe precolombina atraviesan progresivamente la metamorfosis de la universalidad, de lo telúrico a lo sublime.

Si el historiador Jacques Rancière había afirmado que la historia es una potencia saturnina que devora la individualidad, Ramón Oviedo mitifica, en su mural, la epopeya de los destinos colectivos, con un desenlace alegórico. Un dibujo, una composición, una paleta, magistrales, se unen para encarnar a un pueblo, iluminado y vencedor en su destino.

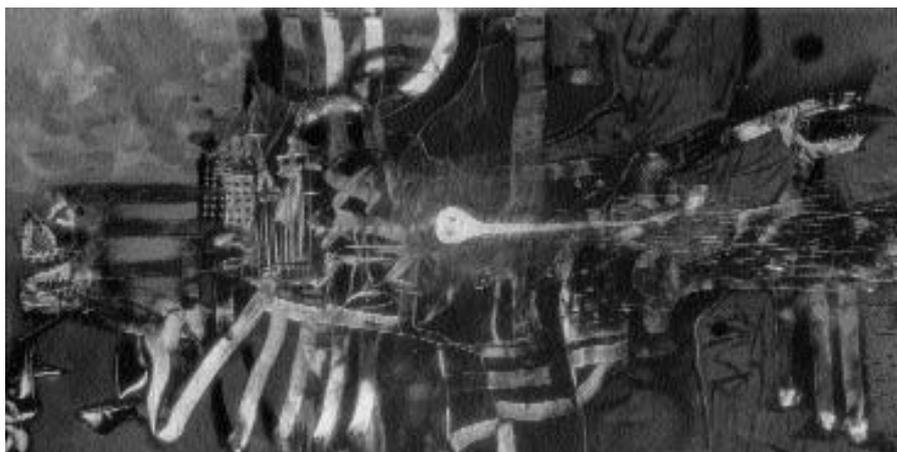
Otros enfoques

En un establecimiento bancario privado, el Banco Hipotecario Dominicano, Ramón Oviedo pintaría un mural completamente distinto, en contenido y plasticidad. Esa vez, la vertiente histórica concernía a la cultura y las artes. El artista, que se autoanaliza muy bien, expresó de "Sinfonía Tropical", que "En ella, se conjugan formas que congelara en el pasado lejano -en afiches- y formas congeladas en el presente. Se percibe la alegría producida por la música, que envuelve a todos los protagonistas de la escena"...

Conocemos la pasión de Ramón Oviedo por la música, músico él mismo... y "Por Amor" del maestro Rafael Solano, la más famosa canción y composición dominicana nutrió la inspiración de un lienzo, singular en la producción del pintor.

Afirmamos que "Sinfonía Tropical" es una cátedra de historia del arte, clásico y moderno. Ramón Oviedo obviamente ha disfrutado la ejecución del vasto panel mural, y ha jugado con las reminiscencias pictóricas seculares. En la década del 70, él había recreado las Meninas de Velázquez, guiñando a la vez un ojo al pintor sevillano y a otro de sus admiradores, el catalán Pablo Picasso. Sin embargo, en este mural, es la pintura flamenca del siglo XVII que le motivó, de la ampulosa moza a lo Jordaens en la esquina superior a un ambiente alegre de fiestas rurales.

Los ritmos visuales trasmutan el homenaje a la música: movimientos, compases, matices, tono mayor o menor, escritura de partitura musical. El título, "Sinfonía Tropical", revela que el cuadro auna la fuente inspiradora, el propósito sinestésico y un proceso consciente, acentuado concretamente por figuras de instrumentistas. Ramón Oviedo nos ha entregado claves para el desciframiento e interpretación - tres palabras que por cierto se aplican a la melodía- de su pintura. Otra lectura no ignora la historia de la música, también sugerente: "Divertimento" de Mozart, "Sinfonía Pastoral" de Beethoven, "Por Amor" de Rafael Solano. En este mural el pintor, que, como nos lo expresó, cree compatibles en música lo popular y lo clásico, muestra sus afinidades y produce una obra verdaderamente encantadora.



OVIEDO. *Mural en las oficinas aduanales de Haina.*

La versatilidad del maestro Oviedo se pone de manifiesto en su trayectoria muralista. En la Universidad Autónoma de Santo Domingo, cubriendo el área saliente anterior de la Facultad de Arquitectura e Ingeniería, su mural "Raíces" es la más étnico-antropológica de sus obras. Aquí una alegoría de los legados ancestrales y de la mezcla racial, construye la identidad cultural y el mestizaje de la República Dominicana y el Caribe.

Español, africano e indio, en el transcurso de los siglos, han ido forjando una nacionalidad, una idiosincrasia, una región. Ramón Oviedo simboliza esa unión, singular en el planeta, con un expresionismo vigoroso, impregnado de su excepcional dominio del cuerpo humano. Los toques de color, que revolotean, transmiten los vaivenes de la historia: fragmentan y aligeran un bloque masivo, igualmente dotado de una connotación, la simbiosis del ser caribeño.

Lamentamos la falta de conservación de una obra tan elocuente, poderosa y contundente. Las inclemencias del tiempo y la falta de recursos pueden torcer el curso de la historia, debilitando físicamente el valor ejemplar de los signos.

Muy pocos meses atrás, Ramón Oviedo inauguró otro mural, en las oficinas aduanales de Haina. Otro lienzo de frente a la historia de la humanidad: "Turbulencia Milenaria". Con el periodista Abraham del Moral, que lo visitó en el taller mientras estaba dando a la obra los últimos toques, el artista habló mucho. El no ha resuelto las enigmas que le angustian, y ello contribuye a una crea-

ción obsesiva, inagotable tránsito hacia lo desconocido. "Sabemos que estamos, pero no sabemos de dónde venimos ni adónde vamos. Tampoco sabemos con certeza si estamos, ya que el universo se encierra en la mente de cada uno".

Ramón Oviedo se presenta como un pintor del tercer milenio. El siente que la historia en marcha, hasta lo que no ha sucedido aún, le pertenece... Ese estado síquico explica el último mural. Una criatura luminosa en formación, entre espermatozoide y feto, cabeza enorme horadada de dos ojos, se abre camino... en la nocturnidad de los tiempos. Se trata de un cuadro insólito, de los más extraños que ha pintado el artista... Creemos que Goya no lo hubiera renegado. Mónstruos, difuminados o delineados, surgidos de la brocha y la espátula, animan un espacio surrealista, curiosamente surcado por tentáculos, vendas, cintas -según sugiera la facultad de lectura-. El autor nos sacude, él quiere que seamos copartícipes de esa "turbulencia".

Tal vez recordó que su amigo Guayasamín decía que se está viviendo la época más horrenda de la humanidad. Ahora bien, el embrión blanco lleva -si llega a desarrollarse entre tantos peligros- un mensaje de esperanza. Volvemos a la idea y los ideales del niño-luz que concluía el mural del Banco Central.

Ramón Oviedo insiste: "Yo nunca me pongo en posición derrotista, sino de triunfador"... En sus murales, todos diferentes, todos relacionados con la historia y el destino del Hombre, el concepto no podría ser más claro.

OBRAS DE CABALLETE Y TEMAS DE HISTORIA



OVIEDO. *Boceto para el retrato de dos titanes. (Fragmento).*



OVIEDO. *El soplón. (Fragmento).*

RAMÓN OVIEDO es lógicamente uno de los pintores predilectos de la crítica de arte. Ese fenómeno se explica por una maestría indiscutible que solamente la mala fe podría disminuir e ignorar; y cada crítico dominicano ha analizado gustosamente la personalidad y la obra. Ahora bien, entre ellos, el pintor tiene amigos entrañables, sumando la evaluación profesional y la emoción del afecto. Dos se destacan particularmente, que compartieron momentos cruciales de la vida del artista y no pocas veces fueron consejeros... escuchados: Arnulfo Soto y Efraím Castillo.

Arnulfo Soto, orgulloso de décadas de amistad por el artista, le ha dedicado frases que solamente un analista sagaz sabe pronunciar: "La pintura de Oviedo encarna un transcurrir en que las características sociales y políticas de nuestro convulso quehacer histórico, no están narradas con un criterio cronológico de orientación didáctica, sino en la más auténtica denuncia del hombre en su contexto". No cabe duda de que, en la obra de Ramón Oviedo, ajena a la celebración del poder, la pintura de historia ha sido un arte de oposición política, valiente y responsable, al lado de los desahuciados.

Efraim Castillo, como poeta que es, concluyó una entrevista hecha por Raúl Pérez Peña -periodista y también allegado de Oviedo- con palabras, a la vez líricas y exactas: "Entonces, desde aquel 1963 hasta 1988, la lectura coyuntural - y estructural, si se quiere- de este cuarto de siglo dominicano, puede leerse en los objetos pictóricos y gráficos de Ra-

món Oviedo, y me atrevería a decir que esa historia ningún otro productor plástico nacional, la ha contado con el desgarramiento, con el dolor, con la belleza y con el humanismo de Ramón Oviedo".

Proceso de la sociedad

Hemos recorrido el itinerario profesional del artista. Ramón Oviedo es el autor de centenares de pinturas, probablemente de millares de obras, si agregamos los dibujos y los bocetos compulsivos. Hay numerosas creaciones, en cada período, que ameritan detenerse, reflexionar, analizarse. Llegan a tanta intensidad, que se vuelven emblemáticas de una época e inolvidables, podrían sustituir otra clase de recuerdo escrito o vivido. Pretendemos ahora prestar una atención especial a algunas de aquellas obras y períodos, acentuando el testimonio histórico que transmutan, en primer o en segundo grado.

Documento, profesión de fe, metáfora, pequeño o gran tema, cuadro pequeño o grande, el vocabulario del arte se identifica aquí con los hechos y las situaciones de la historia, pero sin caer en la crónica.

El antiguo publicista... sacó una lección de su primer oficio: captar inmediatamente la atención mediante la imagen, la cual se comunica por el mensaje y la composición impactante. Ramón Oviedo, después de los retratos de juventud y salvo excepciones como el estudio cauteloso de Máximo Gómez y José Martí, no produce un "relato descriptivo", él proyecta una situación y su drama.



OVIEDO. *La caída de un tirano.*

Aunque, a la usanza de los grandes creadores, nunca abandona totalmente un tema -el autorretrato por ejemplo- ni su estilo dominante -el expresionismo, rico en variaciones-, estimamos que el tiempo de una investigación dura en Ramón Oviedo, aproximadamente cinco años. Luego, él emprende una nueva búsqueda, que desemboca, más o menos pronto... en secuencia contundente -forma, color, expresión-.

Ahora bien, el bienio 1963-1965 significa, en nuestra opinión, una fecha clave en la carrera del artista y coincide con los sombríos días del Golpe de Estado contra el profesor Juan Bosch. La caída de la dictadura había desgarrado el velo que ocultó la miseria del pueblo durante el régimen trujillista. Ramón Oviedo pintó unos cuadros particularmente duros de los "crucificados de nacimiento" (Regis Debray). Los personajes grotescos o esquemáticos ostentan morfologías psicológicas y sociales, conservando la energía de las fuerzas populares, a pesar de sus siluetas famélicas y sus miradas abatidas.

Debajo de los andrajos, en espera de comida, el instinto de la supervivencia va a la par con una sorda violencia, dispuesta a irrumpir: Nada tienen que perder, y desde los cuerpos humillados del trabajador ("Obreros de brazos caídos") o de la mujer ("La fila"), de esos seres elementales, emana un ambiente grave, inquietante... sus ojos son insostenibles. El artista recurre a un expresionismo austero, igualmente definido por los dibujos en blanco y negro. Lo que cuenta en el escenario son los protagonistas; suelen

ocupar gran parte o la totalidad de la superficie -óptimo ejemplo es el sobrecogedor dibujo de la "Familia"-.

Adrede, Oviedo ofrece una visión muy cercana de la gente, confronta literalmente al contemplador con ellos. El fenómeno expresivo, portavoz de una coyuntura social, deriva de ese principio estructural.

Una pintura extraña, fascinante, deseosa de provocar el espanto, fechada todavía del 1965, es "La Caída de un Tirano", de formato mediano. La figura sentada, simiesca y siniestra, grisácea y sucia, pronta a derribarse, da sin embargo la sensación de gigantismo amenazador: evoca la silueta de un monstruo casi acéfalo y dislocado, como si estuviera apesadumado por las orillas del cuadro... que apenas lo puede contener. A la derecha, una garra atroz sugiere la capacidad de maldad de la criatura... o más bien su vestigio. Es la "desfiguración" freudiana en lo visual, la capacidad de modificar la figura, acentuada por su colocación, para encarnar la violencia convulsiva. Ya Trujillo, ajusticiado, no podrá dominar y destruir más... pero -sigue siendo cierto cuatro décadas después- el derrumbe de su poder absoluto surte un efecto estremecedor: La imagen, exudación de la dictadura, posee una elocuencia histórica tan singular como la obra.

Los Guernicas de Oviedo

Inmerso en una búsqueda obsesiva, Ramón Oviedo no ha dejado de cuestionar su propia pintura y de modificarla al compás de los acontecimientos. Un mismo año, él será capaz de pintar cuadros,



OVIEDO. *La Fila. (Fragmento).*



OVIEDO. *Obreros de brazos caídos. (Fragmento).*



OVIEDO. *Dibujo. (Fragmento).*



OVIEDO. *24 de Abril. (Fragmento).*



OVIEDO. *Dibujo. (Fragmento).*



OVIEDO. *Levántate Lázaro. (Fragmento).*

de temática histórica similar con estilos distintos, o de temas distintos con un mismo estilo, predominando el expresionismo. 1965, año traumático y heroico, provoca en el pintor energías pictóricas incontenibles. La victoria, no es la de las armas que él aborrece, sino del arte comprometido. Casi simultáneamente, él produce "La Caída del Tirano" y "24 de Abril", una de sus obras cumbres que analizaremos más adelante: podrían ser de dos autores... pero ambas, dislocadas, abren la imagen a la muerte.

En ese período, que se extiende hasta el 1972 aproximadamente, Ramón Oviedo se autodefine, dando a su pintura un giro más conceptual. La versatilidad -pues no se trata de vacilación, sino de polivalencia- le permite obtener primeros premios en el Concurso E. León Jimenes en dos ediciones sucesivas con pinturas que, de la primera a la segunda, significarían un salto hacia adelante, si no se conocieran otras obras contemporáneas. Del expresionismo anguloso, descriptivo y vernacular del "Espantajo" (1969), él se traslada a un esquematismo elegante que (di)rige la línea, impactante en su horizontalidad y su dicromía: "Levántate Lázaro" (1970), a través de un sujeto religioso y bíblico, se presta para varias lecturas, en segundo grado, de la resurrección del país... a una transmutación de su propio itinerario pictórico.

La historia del arte, con la admiración reiterada públicamente por Ramón Oviedo hacia Pablo Picasso, se inserta

dentro de la historia real. Dos cuadros, cuya fuerza crece por la disposición frontal de los elementos, podrían considerarse los Guernicas de Oviedo: "24 de Abril" y "Caonabo, primer preso político de América". De dos cuadros escenográficos y sobresalientes en el género, emanan convicciones profundas: son testimonios de amor a la libertad y al coraje.

Aparte de motivaciones históricas distintas, hay diferencias profundas en el enfoque figurativo. Se ha repetido que, en la obra picassiana, entre metáfora y alegoría, el caballo es el franquismo, el toro el pueblo de España. Picasso, escuchando esas alegaciones, decía que "el caballo es un caballo, el toro un toro, y cada cual puede ver en ellos la representación de lo que quiera".

Ramón Oviedo no introduce la metamorfosis en sus epopeyas visuales. La simbología se lee directamente: hombre-héroe enfrentado, desnudo y espada en mano-resistencia, la boca de los cañones-invasor, figura yacente -sacrificio, valentía, desamparo-, madre -un hijo muerto en brazos- crueldad, dolor. Notamos que el pintor reserva la representación humana para el drama dominicano, y través de tres criaturas, todo está planteado, individual y colectivamente. El enemigo, sin rostro, apunta, es el anónimo atroz de las armas.

A pesar de la barbarie y el abuso, los sufrimientos y la muerte, a pesar de las fuerzas desiguales, el pueblo, agigantado en el combate, se enfrenta y vencerá.

Ramón Oviedo, en el fragor de la lucha, pinta como un visionario. La obra muestra la capacidad del pintor para comunicar el climax emocional de hechos locales y llevarlos a una escala universal. El puente, signo secundario, es la única señal geográfica, permitiendo ubicar ese clamor pictórico... y puede pasar desapercibido. "24 de abril" adquiere una dimensión emblemática, ilimitada en el tiempo y el espacio. Los críticos dominicanos han considerado el cuadro como la obra maestra de Oviedo, en toda su producción, y la han comentado abundantemente, en particular Danilo de los Santos. Se trata de su pintura de historia más contundente, de implicación y legibilidad, abierta a la humanidad, instrumentada por una maestría formal impresionante y una paleta de medio-luto implacable. La creemos también, en el género histórico, la pintura de mayor importancia en el arte dominicano, de lo plástico a lo ideológico. Ramón Oviedo no "ilustra" un episodio, sino transfiere al lienzo la indignación profunda que siente su alma y consciencia.

Emparentado también con el Guernica y más picassiano aún, está el inmenso lienzo, "Caonabo, primer preso político de América", pintado en 1972. Esta vez, Ramón Oviedo se sumerge en la historia plurisecular, y remonta hasta la colonización española, pero se le siente tan iracundo como si fuera la barbarie del presente. Existe una diferencia: la historia antigua no puede reescribirse, mientras la actualidad puede bifurcar, convirtiéndose una derrota anunciada en la victoria del pueblo.

Consideramos esa obra de un dibujo esplendoroso, también una de las más golpeantes del maestro. Los ritmos se oyen como las pisadas de los caballos. El forcejeo del apresado transmite una tensión física y síquica enorme. Los microcéfalos conquistadores sólo valen por sus lanzas y la potencia de sus monturas -del mismo estirpe que la bestia equina de Picasso-. Hay una curiosa correspondencia entre el tratamiento de los cuadrúpedos y el vigor del cuerpo de Caonabo. Joseph Palau afirmó que Picasso, en su período magistral, supo, con el dibujo, hacer surgir la forma, la luz, el volumen, la atmósfera. Así sucede con Ramón Oviedo, inmortalizando una página de historia en actos: después de

que veamos esta obra, la resistencia del Cacique se corporeiza, indeleble en la memoria.

Hemos escuchado la opinión de que no debe enfatizarse la influencia de Picasso sobre Ramón Oviedo, tal vez por temor a reducir la originalidad de su obra. Lo creemos una aprehensión infundada, ya que prácticamente todos los mentores del arte moderno y contemporáneo se han inspirado de otros pintores... cuando no se "apropian" obras célebres, como el norteamericano David Salle o el francés Gerard Garouste. Pablo Picasso toda su vida recreó genialmente a clásicos, hasta en sus autorretratos.

Otro excelente ejemplo sería el de Francis Bacon, cuya pintura por cierto goza de la profunda admiración del pintor dominicano. Autodidacta como Ramón Oviedo, el famoso pintor inglés reconoció las posibilidades que Picasso le abrió, hasta llegar a la "paráfrase", y reinventó cuadros de Velázquez (la célebre y obsesiva serie de los papas), Van Gogh, Nicolas Poussin, Goya... o fotografías de Muybridge y tomas de Eisenstein. Incluso, han dedicado ensayos e investigaciones a esas influencias... y en la actualidad se buscan afanosamente las copias casi literales que puede haber hecho Bacon en sus inicios.

La mitificación totalizante

Nos hemos referido a obras con una dimensión de historia patria, "instrumentos de guerra, ofensiva y defensiva, contra el enemigo", y apologética de la lucha. No siempre Ramón Oviedo se muestra tan grave en el enfoque del suceso o episodio, la interpretación puede ser más ligera, como la evocación humorística de "El Segundo Viaje" y su barco recargado de gente y fauna. La mirada histórica se torna jocosa. El pintor hace galas de un temperamento lúdico, que se acentúa al compás de la madurez, pero la burla fustigará siempre al más fuerte, sus abusos, sus extravagancias. El compromiso al lado de los débiles no ha cesado.

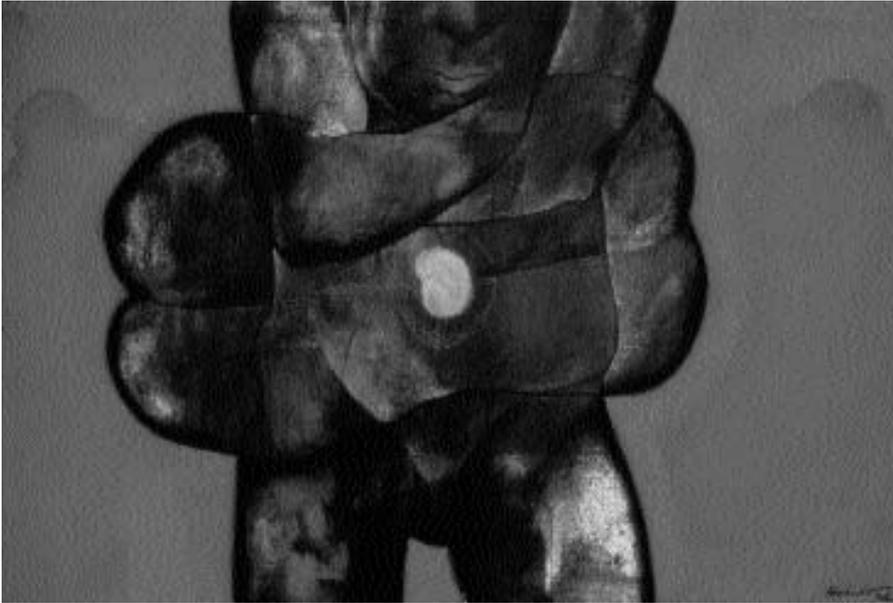
De alguna manera, Oviedo se despide de la pintura de historia, referida a períodos, hechos y héroes puntuales, cuando emprende el "Boceto para el retrato de dos titanes", José Martí y Máximo Gómez. El plasma los rostros de los patri-



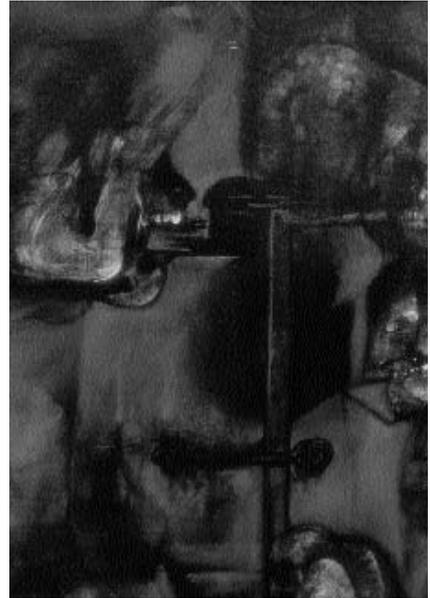
OVIEDO. *Caonabo, primer preso político de América. (Fragmento).*



OVIEDO. *El segundo viaje. (Fragmento).*



OVIEDO. *Uno que va, uno que viene, uno que va, uno que viene.*



OVIEDO. *Reacción. (Fragmento).*



OVIEDO. *Uno que va, uno que viene, uno que va, uno que viene. (Detalle).*

cios, con el máximo cuidado por la semejanza. Curiosamente, parecen posar para el fotógrafo, serios y bien puestos... según se usaba en 1892, cuando se entrevistaron en Montecristi. Un estudio, a la vez cauteloso y hábil, demuestra veneración por los próceres, exhala sabiduría y profundidad, escribe dos edades de la vida y un mismo compromiso. Es más, hay una cierta simetría / semejanza... de padre a hijo. Observamos igualmente cómo el artista mantenía un pleno dominio del realismo y lo disfrutaba.

Ese mismo año, en 1974, Ramón Oviedo ganó el Gran Premio de Honor de la Bienal Nacional de Artes Plásticas, con una pintura excepcional: "Uno que va, uno que viene, uno que va, uno que viene". Ese clásico de la contemporaneidad, que conmocionó el ambiente dominicano, es uno de esos cuadros inspirados que marcan una obra en su conjunto artístico, en la historia del arte nacional y -¡ojalá se reconozca pronto!- en la plástica latinoamericana.

El título, duplicado, martilleante, se refiere a una toma de posición ideológica. Tal vez se tenga la ilusión de un cambio, de una evolución en el mundo, mientras la historia se repite... La condición humana permanece la misma, a través de tiempos y lugares: el feto, centro de la obra y simbólicamente de la vida, carga toda la herencia de los hombres.

Desde los orígenes, se produce de modo determinista el mismo vaiven o vía crucis inexorable, cuyo fin ignoramos.

Ramón Oviedo profundizará esa filosofía de la repetición, cuales sean las estructuras de poder y los contextos, en una magnífica serie, que descansa en el funcionamiento estético del mensaje. Para el artista no existe una respuesta a la incognita del destino, ya planteada por Paul Gauguin pero con menos contundencia y dramatismo simbólico. Luis Lama, en un análisis profundo, que de muy lejos sobrepasa los límites periodísticos, expresa: "Son las formas conglomeradas del pintor, las abstracciones humanas las que simbolizan a sus miembros enfrentados a las amenazas inminentes de los poderes existentes en el mundo contemporáneo." Más adelante, el crítico de arte, comentando la retrospectiva, enfatizaba allí el enfrentamiento con "nuestros mitos y nuestras angustias en una forma lúcida de conocimiento", y cómo por las formas "el hombre puede llegar a tomar conciencia de su realidad."

Acechado, reprimido, traumatizado, torturado, desgarrado, el autorretrato -rostro y también otros fragmentos de anatomía- grita su terror, su rebelión y su impotencia. Se va rompiendo la estructura monolítica del 1974. El cuerpo se disloca, los gestos convulsionan, la "evasión" no culmina en libertad. Utopía

sería creer que se puede escapar tanto de la "succión astral" como de un nomadismo perpétuo. Lo que aparentaría un pesimismo obsesivo se convierte en realidad histórica y global, que prescinde de referencias a los acontecimientos. A partir del pintor, entelequia e individuo-centro-del-mundo, la obra se dirige al Hombre y en enfoque trascendental, sugerido por el espacio y el color, penetra en la ontología.

Las angustias personales han cedido, Ramón Oviedo continúa investigando, pero en escala colectiva. Inmerso desde que nació en la cultura popular, rodeado por las tradiciones y las leyendas rurales, descarga ese caudal en su versión del mito de la ciguapa. El da curso libre a su humor; a su facultad sinestésica de sugerir el sonido y el ritmo a través de lo visual. Oímos a las surreales criaturas "iupiar", el espacio se puebla de estridencias cromáticas, la fábula integra los tres reinos de la naturaleza: hombre, fauna, flora. Ahora bien, en medio de la fantasía, las figuras rebosan de una energía poderosa. El pintor juega con un arquetipo criollo del ser legendario, que le permite escapar de sus tensiones y aquel "encantamiento", transmitido por las ciguapas oviedianas, es comunicante...

La historia se acelera

Oviedo no puede permanecer en el pasado o aislar un tiempo histórico, el presente y le futuro le fascinan. Vemos esa motivación como la intranquilidad que provocan en la sensibilidad del artista velocidades incalculables y aceleración tecnológica. "La urgencia, llevada de la mano por una electrónica cabalgante, es la gran condicionante de la vida humana". Después de la singular exposición del 1986, que recrea un "futurismo" a lo Ramón Oviedo, él mantiene y desarrolla con virtuosismo el tema de las transformaciones. Ahora bien, observamos una diferencia fundamental: los futuristas italianos pintaban embriagados por la hipervelocidad -entonces en sus comienzos-, Oviedo manifiesta pictóricamente su pánico... por las consecuencias imprevisibles de esa evolución.

No obstante, una perturbación más generalizada, intelectual y política, se identifica con la preocupación por el destino de la humanidad y más particularmente la suerte de los pueblos latinoamericanos. Ramón Oviedo la hizo

suya, desde mediados de los 80, y la llevó a la pintura, paralelamente al "divertimento" de la ciguapa.

Encontramos un parentesco ideológico con la sentencia del ensayista político Ignacio Ramonet: "La aceleración de la dinámica capitalista, dopada por la revolución informática que inerva desde ahora las redes del poder; ha hecho envejecer todos los modelos." Las culturas nacionales se desorientan y se paralizan, con una tendencia al refugio en el pasado para escapar al dominio globalizador del futuro... o sigilosamente se dejan absorber.

El pintor dominicano había lanzado anteriormente una advertencia... a la "Mezcla de culturas", título de un cuadro estremecedor y caótico. El tampoco dejó de denunciar a manera de ejemplo, pero preservando el humor, la fascinación de los televidentes latinoamericanos, perdiendo el pensamiento propio ante la pequeña pantalla. Ese fenómeno de hipnotismo cotidiano metaforiza la paralización de los más pequeños frente a una nueva esclavitud.

Ramón Oviedo, en 1990, pintó la "Cultura petrificada", espléndida tela, convertida en mural para el Palacio de la UNESCO en París. No compartimos del todo nuestra lectura inicial del proceso histórico, sintetizado en una cadena de figuras dislocadas, y más que una marcha triunfal, vencedora de colonizaciones y abusos, hoy interpretaríamos aquella petrificación como un nuevo "grito congelado" y una forma de resistencia desesperada a las estrategias de un poder devorador.

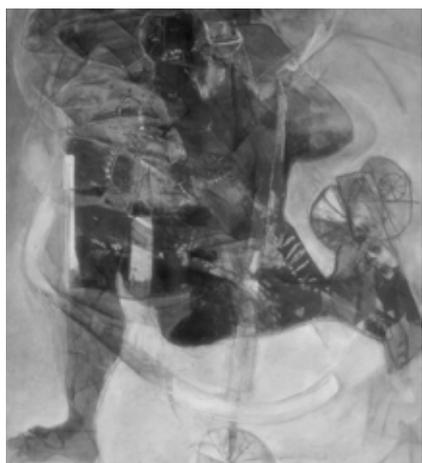
El Quinto Centenario del Descubrimiento de América y Encuentro de dos Mundos -como llamaron muy frecuentemente la conmemoración en Iberoamérica- sacudió a Ramón Oviedo. La reflexión consciente se unió con las reacciones subconscientes para gestar un período nuevo, que se extiende hasta los umbrales del tercer milenio.



OVIEDO. *Engendro. (Fragmento).*



OVIEDO. *La escalera. (Fragmento).*



OVIEDO. *Recursos para ir más rápido. (Fragmento).*

LA HISTORIA DE RAMÓN OVIEDO NO TERMINA...

SI ENTENDEMOS por historia, la recopilación de lo que es digno de memorizarse, todas las obras de Ramón Oviedo se ajustan a esa categoría, proyectando la preocupación por la constante crisis que es la vida del hombre. Si consideramos que el género trata más bien de una interpretación narrativa o de evocaciones alegóricas, que concierne a hechos y personajes reales, o que mitifica los orígenes y el destino de la humanidad, el artista ha descartado ya la pintura de historia.

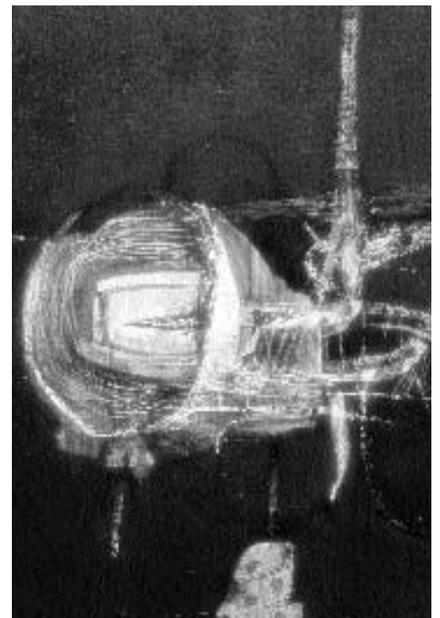
Desde el 1994, él se encuentra inmerso en investigaciones de índole estética y técnica. La denominación de esa última época, todavía sin concluir, es explícita: "Persistencia evolutiva de la forma en la materia". La imagen se convierte en el evento visual, no pretende ya representar; no aspira a que descifremos su contenido, al menos prioritariamente.

Los detalles -en un cuadro de Oviedo, la mirada nuestra oscila del conjunto a los fragmentos- cobran una especie de vida independiente, por su riqueza factual. Poco importa que se inscriban en figuras principales y accesorias, o atmósferas a su alrededor, como es el caso de "Vaina", expuesto en Ecuador, Venezuela y República Dominicana. El pintor se entrega a una meditación sobre la pintura, concretada por signos en el espacio y morfologías en movimiento, vibraciones

tonales y relieves muy elaborados. La ciencia de la luz, más intensa mientras se prolonga la mirada, incrementa la vitalidad de la superficie. La visión cercana se impone, apreciamos la tez, los poros, las irregularidades (voluntarias) de las capas pictóricas. Tal vez convendría referirse a un "tejido", lo que abarcaría entonces la tela y el labrado del pigmento.

Gaston Bachelard expresaba que, para describir un detalle, se debían juzgar las perturbaciones de la forma debajo de la materia. La propuesta coincide con los objetivos del artista dominicano, preocupado en esta etapa por experimentos cualitativos, siendo uno de los más importantes la delgadez casi transparente de la textura, mediante un proceso reductor muy arriesgado. Y sin embargo la consistencia formal no sufre.

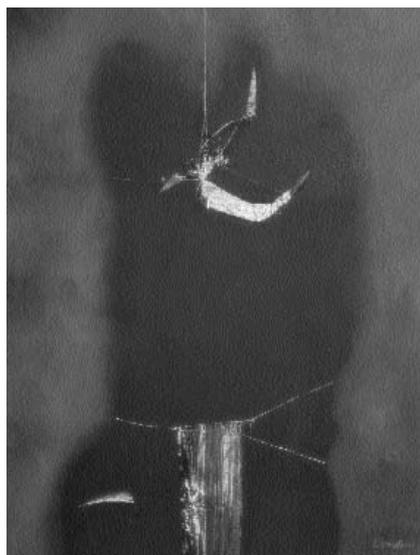
Si leemos los nombres, previamente a la interpretación literal de la pintura, observamos la frecuencia de títulos físicos, casi abstractos: "Forma insinuante", "Forma atrapada", "Forma semidefinida", "Forma de llegar a otra latitud", "Forma confusa" o... "Persistencia evolutiva de la forma en la materia." Ese último cuadro ha sido pintado por lo menos tres años después del inicio del período del mismo nombre, lo que prueba la "persistencia" oviediana de la investigación matérico-formal, y, a finales del 1998, todavía él creó una "Forma protuberante".



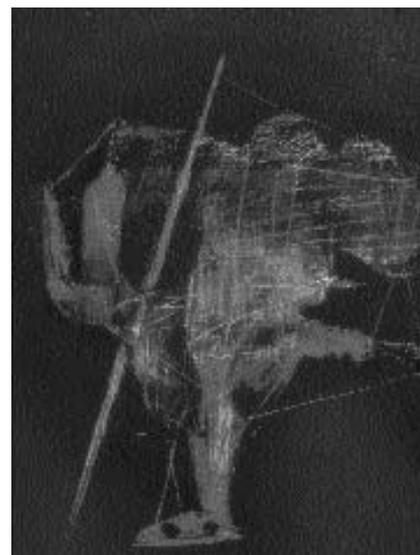
OVIEDO. *Forma para emitir sonidos.*
(Fragmento).



OVIEDO. *Vaina. (Fragmento).*



OVIEDO. *Forma confusa*



OVIEDO. *Forma atrapada. (Fragmento).*



OVIEDO. *Parturienta.*

Contrariamente a otras épocas, el tema, si lo hay -como en los cuadros participando en el Festival de Cagnes-sur-Mer-, es un medio de expresión. Se aplicaría al Oviedo de hoy lo que expresa Octavio Paz al respecto de Rufino Tamayo: "El sujeto es un pretexto: el propósito del pintor es dejar total libertad a la pintura; son las formas que hablan, no las intenciones ni las ideas del artista. La forma emite significaciones." Quien dice formas, dice transformaciones. Ramón Oviedo, como Tamayo que admiró por cierto su obra cuando la descubrió, ha pasado de la realidad a la irrealidad, pero sin apartarse definitivamente de sus convicciones figurativas y los vínculos con la representación.

Cabría pensar, estudiando el período reciente del maestro dominicano, que, por vez primera, él está negando la figuración, y que líneas y estructuras, colores y texturas abandonan la significación de los objetos. Por tanto, toda lectura referente a la historia, hasta en la connotación y la metamorfosis de sucesos o héroes, se volvería una extrapolación crítica.

En ocasión de los 70 años del artista -él acaba de cumplir 72-, habíamos subrayado las proezas matéricas y la calidad trascendental de la obra: "La superficie es maravillosamente lisa, aterciopelada, desmaterializada. Las difuminaciones y las capas de pigmento son de una

levedad increíble. Llegamos a preguntarnos si esos mundos, virtuales y casi intangibles, no quieren atraer al contemplador en profundidades ignotas, en un viaje al centro de la tierra pictórica. Ambiente físico y metafísico".

Ahora bien, Ramón Oviedo no se ha desprendido de sus arquetipos -según los proponía Platón desde el enfoque de Dios y la eternidad-, las ideas, los modelos y por ende las formas, que han condicionado su creación, su universo (¿todo creador no se asemeja a Dios en su omnipotencia?). El ha vuelto a gestar el prehistórico, el soldado, el músico, el brujo, el hombre toro, la mujer pariendo, como personajes-tipos, aparte de alegorías y referencias conceptuales. El mantiene las singularidades que se alojan tanto en la iconografía como en sus títulos. El humor y el juego, la poesía y la metáfora, las claves y el misterio cohabitan, nutriendo sugestivamente la obra.

Y uno de los elementos distintivos en la pintura de Oviedo, la riqueza de los fondos, conserva igual complejidad imaginaria que en la época roja de la dolorosa introspección. Ramón Oviedo descarta el telón pictórico -colocando por cierto sus cortinas delante de la figura en la "Parturienta" o algunos de sus "Simulacros"- . El difumina una atmósfera, elabora un medio ambiente, pide un desciframiento especial y espacial, que nos sitúa en un con-

texto de "obra abierta". Umberto Eco emite al respecto una observación pertinente: "El signo sugiere, por su ambigüedad, una cierta vibración de las formas, un contacto más estrecho con lo que las rodea; los contornos, las distinciones rígidas entre forma y forma, entre forma y fondo, son objeto de cuestionamiento." El famoso ensayista postula que el fondo puede convertirse en el sujeto del cuadro. Sin que lleguemos a esa solución informalista, los fondos actuales de Oviedo poseen su dinámica propia y una signografía imbricada en aquella de las figuras centrales o llevadas al primer plano.

La producción de Ramón Oviedo ha tenido una amplia difusión pública, hasta el período reciente, por sus exposiciones, sus retrospectivas -la segunda sobre todo- y las tres monografías que se le dedicaron. Los últimos años -y sobre todo del 1997 hasta hoy- fueron menos conocidos en Santo Domingo. Obras más herméticas, más procesadas, más distantes de una experiencia concreta, en su mayoría demandan una participación intensa, y probablemente las investigaciones en curso no desmientan nuestra apreciación. Por tanto, de acuerdo con el maestro, se reproduce una buena cantidad de esas pinturas, reveladas al menos en escala de laminas, hasta la exposición de diciembre 2,000 en el Museo de Arte Moderno. Para los dibujos, tal vez millares, el secreto se intensifica, ya que muchas de esas pequeñas obras maestras, sin título, aún los "dibujos de historia", se atesoran en la intimidad de los coleccionistas, y es prácticamente imposible tener de ellos una visión global y panorámica.

Estimamos sintomático que el título de la gran exposición individual anunciada sea "Milenios". No solamente se refiere a la polémica y disyuntiva, que fija el inicio del próximo milenio... en el 2,000 o el 2,001, según las teorías. Consideramos que, subconscientemente, el nombre escogido abarca una implicación temporal, abierta y casi infinita. La recién invitación cursada para que un autorretrato del pintor se integre a la colección plurisecular de la famosa Galería de los Uffizi en Florencia, va en este sentido esperanzador. Los recuerdos del pasado evolucionan hacia la memoria del futuro.

La historia de Ramón Oviedo está lejos de terminar...



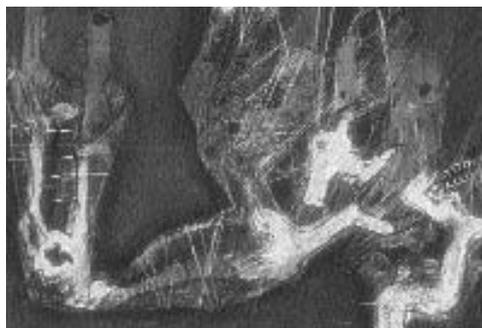
OVIEDO. *Prehispánico*.



OVIEDO. *Mojándolo todo. (Fragmento)*.



OVIEDO. *Metamorfosis. (Fragmento)*.



OVIEDO. *Forma voraz. (Fragmento)*.